

Alburquerque, Germán
Tercermundismo en el Cono Sur de América Latina: ideología y sensibilidad. Argentina,
Brasil, Chile y Uruguay, 1956-1990
Revista Tempo e Argumento, vol. 6, núm. 13, septiembre-diciembre, 2014, pp. 140-173
Universidade do Estado de Santa Catarina
Florianópolis, Brasil

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=338139190007>

Tempo & Argumento

Tercermundismo en el Cono Sur de América Latina: ideología y sensibilidad. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, 1956-1990¹

Resumen

Este artículo analiza el tercermundismo, entendido como una corriente político-cultural que tuvo distintas expresiones: sensibilidad, ideología, paradigma científico. Se estudia el recorrido del tercermundismo en el Cono Sur de América Latina y cómo se hizo presente en el campo político-cultural de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay desde sus primeras manifestaciones hasta el fin de la Guerra Fría. Se revisa, en primer lugar, el despliegue de una sensibilidad tercermundista, mostrándose cómo se filtró en disciplinas científicas, artes, movimientos políticos y la industria editorial (libros y revistas). En segundo lugar, se examina cómo el tercermundismo se convirtió en una ideología, desglosando sus principales ideas y exponentes. Se concluye que el tercermundismo tiene un merecido espacio en la historia del pensamiento político latinoamericano, que ha sido negado por la historiografía continental.

Palabras clave: Tercer mundo; Tercermundismo; Campo político-cultural; América Latina.

Germán Alburquerque

Investigador del Observatorio Regional de Paz y Seguridad (ORPAS) de la Universidad Bernardo O Higgins. Doctor en Historia (Pontificia Universidad Católica de Chile), Magíster en Estudios Latinoamericanos (Universidad de Chile). Chile
german.alburquerque@ubo.cl

Para citar este artículo:

ALBURQUERQUE, Germán. Tercermundismo en el Cono Sur de América Latina: ideología y sensibilidad. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, 1956-1990. *Revista Tempo e Argumento*, Florianópolis, v. 6, n. 13, p. 140 - 173, set./dez. 2014.

DOI: 10.5965/2175180306132014140

<http://dx.doi.org/10.5965/2175180306132014140>

¹ Este artículo es fruto del Proyecto de Postdoctorado del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (Fondecyt) n° 3110156.

Third-worldism in the Southern Cone of Latin America: ideology and sensitivity. Argentina, Brazil, Chile, and Uruguay, 1956-1990

Abstract

This article analyzes third-worldism, understood as a cultural and political movement that had various expressions: sensitivity, ideology, scientific paradigm. The path of third-worldism in the Southern Cone of Latin America is addressed and the way how it has taken place in the political and cultural field of Argentina, Brazil, Chile, and Uruguay from its early manifestations to the end of the Cold War. First, we review the deployment of a third-worldist sensitivity, by showing how it has been filtered through scientific disciplines, arts, political movements, and the publishing industry (books and magazines). Second, we examine how third-worldism has become an ideology, breaking down its main ideas and exponents. We conclude that third-worldism has a deserved place in the history of Latin American political thought, which has been denied by the continental historiography.

Keywords: Third World; Third-worldism; Political and cultural field; Latin America.

Introducción

¿Qué fue – o qué es – el tercermundismo? Existen múltiples maneras de contestar esta pregunta: a) el tercermundismo fue una corriente de pensamiento, vale decir, un conjunto de ideas inspiradas en el objeto Tercer Mundo o referidas al mismo, aunque sin mayor organicidad; b) el tercermundismo fue una ideología, afirmación por cierto más ambiciosa que postula que ese conjunto de ideas sí alcanzó organicidad; c) el tercermundismo fue una sensibilidad particular, un modo de entender el presente o verlo a través de un prisma determinado; d) el tercermundismo fue una actitud, un tipo de comportamiento influido por la adhesión al Tercer Mundo; e) el tercermundismo fue un paradigma científico, no desarrollado a plenitud pero sí enunciado, definido por la premisa de que la mera práctica de los científicos – sociales, por lo menos – del Tercer Mundo generaba una clase singular de conocimiento.

El tercermundismo fue todo eso y probablemente más. (Se usa el pretérito no tanto porque el tercermundismo ya no exista, sino más bien porque aquél al que nos dedicamos se circunscribe a un periodo ya pasado.) En investigaciones previas, me he concentrado en el tercermundismo concebido como ideología, sensibilidad y paradigma, aunque este último en un nivel inferior. En el Cono Sur de América Latina – Argentina, Chile y Uruguay, más Brasil –, hemos constatado la existencia de una fuerte sensibilidad tercermundista, así como de una ideología casi oculta. Este artículo intenta una recapitulación de lo ya estudiado y pretende entregar un balance de la trayectoria del tercermundismo en la región.

Esta aproximación hacia el tercermundismo no se haya contaminada con ánimos peyorativos ni tampoco laudatorios. Es oportuno aclararlo por ciertas connotaciones que la expresión Tercer Mundo ha adquirido con el paso de los años. Desde la trinchera del neoliberalismo, se ha concebido el tercermundismo como una actitud negativa e inconducente que ha perseguido, en aras de la solidaridad entre países pobres, químéricos modelos de desarrollo probadamente infructuosos. En cambio, propone estrechar vínculos con los países prósperos y abrazar los (también) probadamente exitosos métodos capitalistas. Sin coincidir con esta lectura despectiva, se han oído

ataques desde posiciones de izquierda que acusan al concepto Tercer Mundo de ser una construcción del Primer Mundo destinada a reforzar y reproducir un esquema de diferenciación entre los países. Quizá en este caso se ha apuntado con más propiedad hacia el desarrollo y el desarrollismo y, un tanto de rebote, la acusación ha salpicado al tercermundismo. Sea como fuere, y sin pretender agotar los puntos de vista desde donde se ha objetado el tercermundismo ni tampoco sus argumentos, es claro que ha sido un movimiento polémico que casi desde su origen generó anticuerpos que aún hoy son posibles de advertir.

Pese a estas polémicas – siempre atractivas –, la atención despertada por el tercermundismo ha sido escasa entre los estudiosos de las ideas y de la vida intelectual. Ello ha dificultado la comprensión del desarrollo del tercermundismo como ideología, dado que es difícil discernir qué elemento o idea es original, y qué es repetición o simple retórica. El esfuerzo más serio de sistematización de lo que ha sido el pensamiento tercermundista ha corrido por cuenta de Eduardo Devés (2012), quien en *Pensamiento periférico Asia – África – América Latina – Eurasia y algo más* se aboca a la tarea de conocer y estructurar el pensamiento periférico, esto es, aquel proveniente de Asia, África, América Latina y ciertas áreas de Oceanía y Europa, logrando identificar los elementos constitutivos de la corriente que nos ocupa. El autor pondera en su trabajo al tercermundismo como una corriente dominante en la segunda mitad del siglo XX que además convocó a pensadores de distintos continentes en una preocupación común. El “Big Bang” del Tercer Mundo y del tercermundismo, según la óptica de Devés (2012), fue la Conferencia de Bandung en 1955, que con el tiempo fecundaría al Movimiento de Países No Alineados. Por consiguiente, el pensamiento tercermundista se articula en torno al no alineamiento y bebe de allí sus fundamentos sobre política internacional. Devés (2012) también destaca las instancias efectivas de reunión entre científicos sociales de las regiones periféricas, sobre todo al reseñar la experiencia del Foro Tercer Mundo, el cual alcanzó cierta notoriedad en los años 1970 por su proyección hacia esferas internacionales como la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) o el Grupo de los 77 y hacia lo que se llamó Nuevo Orden Económico

Internacional². Debido a este anclaje institucional que establece Devés (2012), es posible que se distorsione el producto final. Al vincular el pensamiento tercermundista al Movimiento de Países No Alineados o a las instancias más precisamente económicas de los años 1970, se obtiene una imagen muy material, tangible y aplicada a hechos concretos, descuidándose, en alguna medida, un tercermundismo más puro e independiente, abocado no tanto a problemas inmediatos como a asuntos concernientes a identidad, misión, destino y razón de ser del Tercer Mundo. Es sobre esta dimensión que volcamos nuestra dedicación.

En consecuencia, se pretende ofrecer un cuadro general del tercermundismo en el Cono Sur de América Latina, atendiendo las dos expresiones de mayor envergadura, la sensibilidad y la ideología. Con ese fin, se combinarán los análisis nacionales, las comparaciones entre las distintas realidades que presentan dichos países y los intentos de generalización.

Tercermundismo como sensibilidad

Que el tercermundismo se haya convertido en una sensibilidad dominante durante cierto periodo en el Cono Sur de América Latina significa que el referente Tercer Mundo infiltró la actividad intelectual, cultural y política de la región. Las opiniones, los discursos, los gustos, las estéticas, los debates políticos, las noticias en los medios, etc. incorporaron la preocupación por el Tercer Mundo en su lenguaje cotidiano. Se trataba de un modo

² Para Devés (2012, p. 730), el tercermundismo fue una tendencia que se “constituyó sobre la base de herencias intelectuales muy variadas y con poca conexión entre sí, aunque todas anti-occidentales: pan-africanismo, pan-asiatismo, pan-arabismo, eurasismo y el antímpperialismo. Se trató de la unidad en la política mundial de todos los ‘diferentes’, segregados, vencidos, explotados y despreciados. En éste coexisten identitarismos, nacionalismos, telurismos, racialismos (e incluso racismos) muchas veces excluyentes y que han conseguido sólo articularse sobre la base de la concepción que considera al centro como principal responsable de sus males”. Más adelante afirma que “el ‘núcleo duro’ del tercermundismo fue muy reducido en tanto que sus agregados fueron amplísimos. De hecho, la primera constitución propiamente tal poseía un fuerte componente antímpperialista, fundamentalmente de raigambre leninista, pero convergen allí también componentes nacionalistas, de variado pelaje: indio, indonesio, west-africano, árabe-baazista, y socialistas, aunque todavía más heterodoxos: nasserismo, pan-africanismo de tercera y cuarta generaciones, titoísmo, maoísmo. Contribuyeron a éste Nehru, Chu En-lai, Nkrumah, Nasser, Sukarno desde la Conferencia de Bandung; hacia los 1960s, Ho Chi-min, Fanon desde el Frente de Liberación de Argelia, Prebisch desde la UNCTAD, Leopold Senghor, Celso Furtado y Fidel Castro”.

particular de aprehender la realidad basado en un conjunto de ideas, juicios, prejuicios – elementos racionales – y también de sensaciones y emociones – elementos irrationales –, que influía en la cosmovisión de importantes sectores del campo político-cultural de la época (más difícil es afirmar que influyó a la sociedad entera).

El concepto Tercer Mundo nació en Francia a inicios de los 1950, con la función de designar un objeto de interés, estudio y preocupación: los países pobres, o subdesarrollados, o en todo caso distintos a los países materialmente avanzados del centro. Cuando los países del Tercer Mundo – el objeto de estudio – se apropiaron del concepto, éste pasó a ser un sujeto, gestándose una identidad terciermundista que se insertó en la conciencia de los pueblos pauperizados – o al menos de sus élites intelectuales. Diversos factores explican por qué el Tercer Mundo, con el correr de los 1950 y sobre todo en los 1960, se diseminó como bandera de lucha a lo largo de África, América Latina y Asia: las reyertas contra los imperios y la descolonización fueron, sin duda, los factores más importantes, junto con la irrupción del no alineamiento como alternativa al orden bipolar de la Guerra Fría. Aunque América Latina se situaba un tanto al margen de tales procesos, poseía una larga experiencia de brega antiimperialista que la emparentaba plenamente con los pueblos africanos y asiáticos, brotando de forma bastante espontánea una solidaridad no del todo previsible. Lo cierto es que el terciermundismo llegó pronto a América Latina e impactó con fuerza el clima de ideas.

En el Cono Sur, la propagación no fue homogénea, distinguiéndose hitos, etapas y ritmos que obedecieron por lo general a factores de política interior de cada país. Aunque la primera aparición del término Tercer Mundo la hemos localizado en Uruguay, fue en Brasil donde primero se evidenció el surgimiento del nuevo referente, lo que ocurrió por motivos políticos, pero en especial culturales. En el segundo lustro de los 1950, se empezó a hablar, en efecto, de Terceiro Mundo, en círculos académicos y diplomáticos o asociados a las relaciones internacionales que interpretaron que la comunidad con África y Asia abría nuevas posibilidades para la política exterior de Brasil, el cual, se pensaba, podía asumir un liderazgo ya no solo continental. Al poco tiempo se fundamentó la necesidad de estrechar vínculos con esos continentes en la afinidad cultural y étnica entre este país y las regiones de colonización portuguesa en África. De esta manera, vinieron a

complementar el incipiente tercermundismo brasileño los estudios afrobrasileños, primero, y los estudios africanos o incluso afro-asiáticos, después. La confluencia de estas dos corrientes parece explicar que Brasil haya sido el primer país del Cono Sur en atisbar una sensibilidad tercermundista en su campo político-cultural (RODRIGUES, 1961, 1962; VIANA, 1959; CASTRO, 1958; MENESSES, 1956). En adelante, y a contar de los tempranos 1960, se consolidó el tercermundismo con su penetración en las ciencias sociales y humanas y en el arte y la religión, así como en el mundo editorial.

A los estudios internacionales o afro-asiáticos les seguirían la economía, la sociología, la politología y la historia, disciplinas que en Brasil experimentaron un *boom*, en buena medida espoleado por el Instituto Superior de Estudios Brasileiros (ISEB), que instaló el tema del desarrollo como prioridad nacional. En los 1960, además, en el vecindario se potenciaron distintos organismos que coadyuvaron a las ciencias sociales para erigirse en un actor clave del periodo, tales como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y el Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales (CLAPCS), ligados a la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y a Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Por lo tanto existía un ideal clima de ideas para un pensamiento que tendía a unir las reflexiones sobre desarrollo, Tercer Mundo, integración y dependencia en un discurso totalizador. Ahora bien, en Brasil se dio la peculiaridad de que el Tercer Mundo se enquistó en ciencias y disciplinas un tanto ajena a este ámbito, como la religión, la geografía o, ya dentro de la creación artística y la teoría estética, el cine. Se destacan aquí las figuras de Hélder Câmara (1966), Obispo de Recife, Pernambuco, Brasil, y uno de los pioneros de lo que sería la teología de la liberación, que ya en 1964 usaba el concepto Tercer Mundo con familiaridad y buscaba el diálogo con los pueblos oprimidos del planeta entero; o la de Milton Santos (2009), quien, instalado en Francia, exploró las posibilidades de una geografía tercermundista; o la del cineasta Glauber Rocha (1965), que no solo filmó en escenarios africanos, sino que teorizó acerca de lo que debía ser un cine comprometido con la revolución de los pueblos explotados.

En Brasil, aparecieron los primeros libros, entre los registrados, que llevaron la expresión Tercer Mundo en su título – sacando buena ventaja a sus vecinos considerados en el estudio (PEREIRA, 1962) –, y también afloraron revistas con similares denominaciones; todavía en los 1980 gozaba de un buen pasar *Cadernos do Terceiro Mundo* (1980-2006), señera publicación que tuvo su primera sede en Buenos Aires (1974), luego pasó a México (1976), para afincarse finalmente en Río de Janeiro, dando cuenta, junto con el lanzamiento de colecciones y almanaques referidos al Tercer Mundo, de cierta masividad que el tercermundismo habría logrado en Brasil.

Aunque no al mismo tiempo, el proceso de propagación del tercermundismo en Argentina fue tanto o más vigoroso que el de Brasil. El comienzo fue dubitativo, al punto que la primera mención al Tercer Mundo que hemos podido recoger data de los 1960 (BAGÚ, 1961), vale decir varios años después que en Brasil, y que solo desde 1964 se puede observar que el Tercer Mundo ingresó en el lenguaje corriente de los grupos elitarios del ámbito académico y político. Desde el segundo lustro de los 1960, el tercermundismo se expandió como sensibilidad en Argentina, abarcando corrientes de pensamiento, grupos políticos, medios de comunicación, creación artística, etc. Son especialmente fuertes las apropiaciones que hicieron del Tercer Mundo las ciencias sociales y ciertos movimientos políticos (o ambas cosas a la vez). En un escenario de algidez política jalonado por la influencia de la Revolución Cubana, desde el exterior, y por el devenir del peronismo, desde el interior, la reflexión sobre el Tercer Mundo obligaría a tomas de posición o a definiciones acerca de política o geopolítica internacional, en un grado pocas veces visto en el país. Así, el Tercer Mundo se agregó al imaginario político y a las múltiples luchas que una izquierda heterogénea libraba ya por décadas. Queremos subrayar que, en medio de una agitación ideológica marcada por fenómenos nacionales y continentales, de todos modos se abrió espacio a una concepción del mundo que propendía hacia una identidad ahora de alcance tricontinental, lo que dice mucho sobre la potencia con que el tercermundismo se expandió en Argentina.

Las ciencias sociales de este país fueron el ámbito donde la presencia del tercermundismo fue más marcada, llegando a alterar los cimientos mismos de su epistemología y avanzando incluso en la formulación de un paradigma científico

sustentado en la práctica de los investigadores de esta parte del planeta. Se argumentaba que el científico social debía elaborar sus propias teorías, adecuadas para el conocimiento del Tercer Mundo, al cual no se accedería mediante la repetición de los moldes importados de la academia europea o norteamericana; es más, el trabajo tenía que orientarse hacia la consecución de una liberación plena de los pueblos oprimidos – sobre eso profundiza, por ejemplo, Pedro Negre Rigol (1975), al clamar por una sociología de la liberación al servicio del Tercer Mundo.

Por cierto que el Tercer Mundo no solo posibilitó, en un nivel más alto, una discusión epistemológica, sino también, en un nivel más bajo, el hecho de que diversas disciplinas se aplicaron a su estudio. Más allá de la economía, la sociología, la politología – campos más tradicionales – en Argentina la filosofía y la teología elaboraron sus propias directrices sobre la materia, sin contar el interés – menor – de la psicología. La filosofía de la liberación, de hecho, tuvo su origen en Argentina y sus principales cultores surgieron allí, trazando un camino propio que no se pretende reducir al tercermundismo, sino solo consignar que autores como Rodolfo Kusch y Enrique Dussel aludieron al Tercer Mundo de modo explícito en algunas de sus obras y, en general, evidenciaron una preocupación sobre los problemas de desarrollo y dependencia, tan caros al tercermundismo propiamente tal. A la teología, por su parte, le correspondió ejecutar una de las operaciones que más contribuyeron a la visibilización del Tercer Mundo en la opinión pública nacional: la formación del Movimiento Sacerdotes para el Tercer Mundo. Aunque no desarrolló una línea de pensamiento original en el terreno del discurso tercermundista, el grupo asumió la bandera del Tercer Mundo, comprometiéndose con la causa de los pueblos pobres del planeta (SEISDEDOS, 1999).

Si bien se profundizará en la sección sobre ideología, adelantemos que el tercermundismo encarnó en distintas expresiones políticas, partiendo por el peronismo, que reivindicaba cierta paternidad sobre el Tercer Mundo merced a la formulación de la Tercera Posición con que el primer gobierno de Perón designó una opción equidistante de Estados Unidos y la Unión Soviética (PERÓN, 1973). Sin ser lo mismo, debe reconocerse alguna afinidad. Con los añosemergería de la Tercera Posición peronista una vertiente esotérica que debe estar entre las manifestaciones tercermundistas más bizarras de que

se tenga registro. La Logia ANAEL (1964, 1965), de oscura trayectoria, combinó peronismo y Tercer Mundo en un discurso extremo que bregaba por la rebelión mundial de los pueblos periféricos y que recurría a un lenguaje para iniciados pleno de misterios (la Logia ANAEL y su líder, José López Rega, reaparecerían como la funesta Triple A de la Argentina de los 1970).

Apunta en la misma dirección la aparición de cuatro revistas que en su título llevaron la expresión Tercer Mundo, destacando dos, *Revista de Problemas del Tercer Mundo* (1968) y *Antropología 3^{er} Mundo* (1968-1973), que se cuestionaron sobre la identidad terciermundista, la pertenencia de América Latina y los mecanismos efectivos de liberación. Si comparamos con Brasil, aunque en el número absoluto haya similitud, en términos relativos las publicaciones periódicas argentinas destacan por su cantidad y su calidad, ya que llevan la reflexión ideológica a horizontes más vastos. En materia de libros, la industria editorial argentina vio la aparición de un número considerable de obras asociadas al Tercer Mundo (por ejemplo, las colecciones Libros para el Tercer Mundo; Problemas Latinoamericanos y del Tercer Mundo; Biblioteca de Asia y África, de Eudeba; y Tercer Mundo, de Editorial Sur; circularon, asimismo, las Guías del Tercer Mundo y obras, como Hechos del Tercer Mundo y Hombres del Tercer Mundo, dentro de la serie Transformaciones en el Tercer Mundo, del Centro Editor de América Latina).

En Uruguay, se observa un panorama bien particular debido a la confluencia de dos factores: la presencia avasallante de la revista *Marcha* (1939-1974) y, asociada a ella, la irrupción de la Tercera Posición como opción ideológica. De partida a dicho semanario debemos la primera mención al Tercer Mundo de la que tengamos registro en el Cono Sur, la cual data de 31 de agosto de 1956 (A. F. S., 1956), y refleja la preocupación expresa de este medio por la realidad de los países atrasados y más en general por la situación internacional. El campo intelectual uruguayo, de hecho, desde los 1940 al menos, había evidenciado una vocación internacionalista que se había concentrado, primero, en la situación de América Latina – y en el papel de Uruguay en el continente –, y luego, en la política mundial, transida por la Segunda Guerra Mundial, que había gestado una postura de prescindencia frente a las grandes potencias. *Marcha*, que circulaba desde 1938, fue la tribuna donde el debate acerca de estos temas tomó lugar, brindando espacio a lo que

Ángel Rama llamó “generación crítica”, que si bien se orientaba primero al acontecer nacional, lo hacía siempre desde un prisma más amplio que involucraba lo internacional. El director de *Marcha*, Carlos Quijano, y el filósofo Arturo Ardao asumieron el liderazgo de esta generación y dieron vida a la Tercera Posición, que constituyó el núcleo de la visión internacional de la revista y de la generación (RAMA, 1972; VIOR, 2003).

Con el fin de la Segunda Guerra y con la división del orbe en dos bloques antagónicos, la intelectualidad uruguaya se pronunció enérgicamente en contra de alinearse con Estados Unidos, tal como este país pretendía para toda América Latina, pero también en contra de un acercamiento a la Unión Soviética. Este fue el germen del tercerismo que, a despecho de su similar denominación con la Tercera Posición de la Argentina de Perón, se desarrolló de manera autónoma y con características únicas. Su principio rector fue la equidistancia respecto a Washington y Moscú y el ejercicio de un neutralismo activo que recelaba de las superpotencias, consideradas imperialistas por igual. A diferencia del tercerismo peronista, el uruguayo no buscaba un camino intermedio en materia económica, sino que abogaba por un socialismo autóctono; además, era consciente de la subyugación al capitalismo preponderantemente estadounidense, tanto de Uruguay como del resto del continente, por lo cual su discurso fue siempre más cargado hacia el antiyanquismo. Con el correr de la Guerra Fría, el tercerismo encontró un punto de apoyo fundamental: el no alineamiento nacido en Bandung. Por ambos cauces, el tercerismo y la no alineación, se llegaba al tercero-mundismo; sin embargo, una sensibilidad proclive al Tercer Mundo tardó bastante en cristalizar en suelo uruguayo.

De partida, *Marcha* demoró unos años en darle al Tercer Mundo la jerarquía que una aparición tan temprana hacía presagiar; y aunque el esfuerzo por plasmar en sus páginas los avatares de la política mundial, se mantuvo y aumentó, solo a fines de la década y ya con fuerza, en los 1960 el Tercer Mundo se volvió un objeto y referente recurrente, tal como lo revela el simple uso de la expresión en los títulos de los artículos incluidos. Tenemos así que solo en esta década el Tercer Mundo se instaló en la sensibilidad del campo intelectual uruguayo a un nivel explícito (antes existía una notable afinidad, pero faltaba la explicitación).

Más adelante, se discutirá la dificultad para el despegue ideológico del tercermundismo en Uruguay, por ahora basta señalar que la sensibilidad superó por lejos a la ideología, a diferencia de lo ocurrido en Brasil y en Argentina, donde la sensibilidad fue acompañada por una elaboración ideológica consistente. ¿Cómo se manifestó esta sensibilidad? Ya se mencionó *Marcha* y su constante atención al Tercer Mundo, que no se limitó al mero informe de las luchas por la liberación en Asia y África, sino que avanzó a través de la publicación de dosieres abocados a problemas específicos³; de la realización de entrevistas a los líderes tercermundistas de moda; de la adhesión militante al pueblo vietnamita en su pugna con Estados Unidos, etc. Las ciencias sociales y humanas uruguayas no fueron indiferentes al espíritu de la época, reconociéndose expresiones en economía, estudios internacionales, sociología y geografía; sin embargo, fue el ensayismo la disciplina predominante a la hora de reflexionar sobre el Tercer Mundo, pudiendo distinguirse dos escuelas, el ensayismo de corte académico, propio de intelectuales, y el ensayismo de corte político, propio de miembros conspicuos de partidos de izquierda, como Rodney Arismendi (1997) y Vivian Trías (1989). También se manifestó en el área artística a través de la Cinemateca Tercer Mundo, donde un grupo de entusiastas profesionales o aficionados al cine apostó por el conocimiento de la producción cinematográfica de las otras regiones periféricas (JACOB, 2003; TAL, 2003). Con todo, la sensibilidad tercermundista no floreció con la misma heterogeneidad ni potencia que en Argentina y Brasil, pero dadas las diferentes dimensiones de las que hablamos, sin dudas fue, en términos relativos, una de las sensibilidades predominantes de la época (ALBURQUERQUE, 2014).

En Chile se observa una dinámica divergente respecto a lo sucedido en los otros tres países, debido a que el momento de fulgor del tercermundismo fue tardío y breve. Lo llamativo es que en Chile se encontraban óptimas condiciones para un desenvolvimiento fluido del tercermundismo, tales como la presencia e intensa actividad de organismos internacionales – CEPAL, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), FLACSO; la estancia – como consecuencia de lo anterior – de un nutrido contingente de científicos sociales latinoamericanos, con mayoría de brasileños y

³ En la serie *Cuadernos de Marcha* (1967-1974, primera época).

argentinos, conectados además con las temáticas del desarrollo y, más tarde, de la dependencia; la existencia de un devenir político vivaz y de creciente participación de partidos de izquierda, sensibles a las luchas anticoloniales y antiimperialistas; la labor de diplomáticos de amplia experiencia atentos a las transformaciones del campo político mundial, generadas desde las ex colonias africanas y asiáticas; y el despliegue en la sociedad de intelectuales con ideas o militancia de izquierda que se habían internacionalizado y, por consiguiente, trasladado a lejanos rincones del planeta (piénsese, por ejemplo, en Pablo Neruda y sus visitas a China o a la India, donde pudo entrevistarse con Nehru, campeón del no alineamiento). Si a ello le sumamos la fortaleza de las ciencias sociales, el vigor de las universidades y una industria editorial, si bien no exuberante, al menos muy activa, tendremos un cuadro promisorio, donde se supondría una alta producción de discursos tercermundistas... pero, al contrario, y como dato de sobra elocuente, en Chile no se editó (en el periodo estudiado) ningún libro que llevara en su título “Tercer Mundo”.

Tal declaración es, empero, discutible. Eduardo Devés (2012), en una ponencia presentada hace pocos meses, consignaba que el tercermundismo fue un ingrediente casi omnipresente en el clima de ideas chileno de los largos 1960 (hasta 1973), fundamentándose en el hecho de que la mayoría de los núcleos productores de pensamiento y de discursos científicos – esto es, organismos internacionales, ONGs, centros e institutos universitarios – incluyeron la preocupación por el Tercer Mundo, o al menos exhibieron afinidad con sus problemas asociados. Sin dudar de este aserto – que por lo demás corrobora la existencia de una sensibilidad tercermundista en Chile que se agrega a la del resto del Cono Sur –, sospecho que tal presencia no se tradujo en una producción explícita de reflexión tercermundista; en otras palabras, que siendo el Tercer Mundo un elemento constitutivo del horizonte de las ciencias sociales y humanas y de la intelectualidad chilenas de la época, no alcanzó a permear el ámbito de libros, revistas, artículos o ensayos a un grado tal que se instalara como objeto central. La teoría de la dependencia puede iluminar esta especie de paradoja si consideramos que dicha corriente por supuesto que intentó explicar la formación de los países subdesarrollados – o sea, el Tercer Mundo – y alertar sobre lo inconducente del desarrollismo, mostrando

una clara conciencia y solidaridad tercermundista, mas pocas veces aludió directamente al referente en cuestión o aplicó sus conceptos a la situación concreta de los países periféricos. Una revisión muy completa de las revistas académicas del periodo orientadas a las ciencias sociales arrojó escasos resultados, por cierto con gran cantidad de artículos abocados a asuntos afines (desarrollo, dependencia, integración), pero no al Tercer Mundo de manera expresa.

La gravitación del Tercer Mundo sí fue ostensible entre 1970 y 1973, durante el gobierno de la Unidad Popular presidido por Salvador Allende. Éste asumiría como propia la bandera del Tercer Mundo, tal como quedó reflejado en su discurso de inauguración de la Tercera Conferencia de la UNCTAD, en Santiago de Chile el año 1972, donde empleó una encendida retórica que concordaba con los lineamientos de política exterior de su mandato tendientes a la solidaridad e integración con los continentes menos desarrollados. El Foro Tercer Mundo operó en la misma dirección. Se trató de un organismo autónomo que congregó a economistas y científicos sociales de todo el Tercer Mundo. Aunque fue fundado en Karachi (Pakistán) en 1975, tuvo una reunión preparatoria en Santiago, en abril de 1973, donde participaron los chilenos Osvaldo Sunkel, Gonzalo Martner, Alejandro Foxley, Juan Somavía y Carlos Massad, más el residente en Chile Enrique Iglesias (DEVÉS, 2006). La verdad es que este Foro – donde se planearon fórmulas de mejoramiento y de transformación de la economía global – sintonizaba con instancias como la misma UNCTAD, el Grupo de los 77 y el Nuevo Orden Económico Internacional, que se convirtió en la síntesis de las demandas de los países periféricos frente a los ricos. Completando el cuadro, la revista *Tercer Mundo* circuló entre 1971 y 1972, por obra de un conjunto de académicos de un perfil menor (con excepción del filósofo Juan Rivano). En sus páginas, se reproducían textos de autores extranjeros – del centro más que de la periferia – que giraban en torno a la desigualdad económica, al imperialismo y al capitalismo. Difícilmente puede decirse que era la voz de un sector de la intelectualidad chilena, ni menos una fábrica de ideología tercermundista, pero sí el reflejo de una inquietud y un compromiso no observados con anterioridad.

Hasta aquí, me he referido al modo en que el tercermundismo llegó y se desarrolló en cada uno de los cuatro países involucrados, señalando su grado de penetración en las

ciencias sociales y en la sensibilidad cultural de la época, y estableciendo sus momentos de mayor “popularidad”. Ahora avanzaremos en una visión comparada de las distintas etapas reconocibles en la trayectoria del tercermundismo conosureño.

Es claro que el tercermundismo llegó al Cono Sur en los 1950, al menos en Uruguay y Brasil, pero sólo en los 1960 su uso empezó a ser extendido. De los cuatro países, era Brasil el mejor dispuesto para recibir el tercermundismo, pues contaba con lazos étnicos y culturales con África al tiempo que, por razones históricas, no tenía una relación tan estrecha con sus vecinos sudamericanos. Los otros países poseían una vocación latinoamericanista más marcada, asentada en las coincidencias culturales legadas por España. El arranque más tímido tuvo lugar en Chile, ya que recién en el segundo lustro de los 1960 fue posible reconocer menciones explícitas del concepto. Las causas de este retraso no son fáciles de identificar, ya que parecían haber allí favorables condiciones para la recepción del tercermundismo. Que Uruguay haya sido más precoz que Argentina pudo deberse al hecho de que su campo intelectual, al ser más pequeño, se desbordó hacia lo internacional, y no solo hacia Latinoamérica, sino al mundo en su totalidad. Sea como fuere, es curioso que Argentina hubiera demorado más de lo presumible en acoger el Tercer Mundo, dada la experiencia peronista de la Tercera Posición y la tradición antiimperialista de su intelectualidad.

Como ya se ha delineado, entre los años 1960 y 1970 se situó la época dorada del tercermundismo en el Cono Sur, con fuerte presencia en las ciencias sociales, en la vida política, en el movimiento eclesiástico, en corrientes artísticas, etc. Pero este fulgor se fue apagando poco a poco y de manera dramáticamente anudada al advenimiento de los regímenes autoritarios en la región.

La democracia en Brasil fue la primera en caer, sin embargo, en un principio la dictadura no adoptó su rostro más severo y en consecuencia no afectó demasiado a la actividad intelectual. El endurecimiento del régimen hacia fines de la década modificó tal situación, obligando a muchos académicos a partir al extranjero, ya sea a Europa o a otros países del continente – en Chile ya trabajaba en la CEPAL o en universidades un numeroso contingente; de cualquier forma, los científicos sociales brasileños siguieron profundizando su posición tercermundista, siendo sintomática la colaboración de varios

de ellos – Celso Furtado y Milton Santos, entre otros – en una revista que supuso una instancia de encuentro efectivo entre intelectuales de distintos continentes, *Tiers Monde*, de París.

En Argentina, la polarización política y la radicalización de grupos armados fue in crescendo, lo que generó un doble efecto, por un lado la agudización de la militancia tercermundista, por otro, el progresivo deterioro de la democracia y la precarización de la actividad académica. El golpe del año 1976 fue la culminación del proceso y el definitivo repliegue de las corrientes de izquierda justamente más afines al Tercer Mundo.

En Uruguay, el golpe de 1973 destruyó también el movimiento de izquierda que, aglutinado en el Frente Único, había adquirido masividad, pero más determinante para nuestros efectos fue el cierre de la revista *Marcha* – en un contexto de rígido control y censura sobre la cultura – que repercutió en el tercermundismo criollo. La actividad académica decayó y varios intelectuales debieron buscar otros horizontes o refugiarse en organismos internacionales – Enrique Iglesias, sin ir más lejos, llevaba una dilatada trayectoria en ellos.

Lo que ocurrió en Chile fue de seguro más trágico, porque el golpe de Estado de 1973 derrocó al gobierno que mayor compromiso había contraído con el Tercer Mundo en el Cono Sur y que llevaba adelante el más ambicioso proceso de transformaciones. Guardando las distancias, Chile podía llegar a ser la Cuba de América del Sur, no con la connotación apocalíptica que esgrimía la derecha, sino en cuanto al liderazgo que podía ejercer en la solidaridad con los pueblos periféricos (Cuba, recordemos, llegó a combatir en Angola).

En Brasil, el tercermundismo fue sostenido, en los 1970, solo por los cultores que se hallaban fuera de las fronteras, casi desapareciendo de la reflexión interna (por ejemplo, FURTADO, 1974; SANTOS, 2009). Con los 1980 y con la normalización progresiva del funcionamiento institucional, se asistió a un fenómeno de resurrección del tercermundismo que evocó e incluso superó en ciertos ámbitos sus mejores días. Por una parte, desde las ciencias sociales, emergió una renovada atención a las implicancias que, para Brasil, suponía el Tercer Mundo, la cual se canalizó en revistas dedicadas a estudios

internacionales y que tuvo en Helio Jaguaribe (1986) a su mejor exponente. Por otra, surgió un espacio particular en torno a la crónica y a las revistas de divulgación periodística (la ya nombrada *Cadernos do Terceiro Mundo*). Finalmente, despuntaron proyectos políticos inspirados en el Tercer Mundo que se propusieron intervenir de pleno en el sistema de poder; el caso emblemático fue el de Celso Brant (1987) y su Partido de Mobilização Nacional, el intento más serio de organización política de todo el Cono Sur.

En Argentina y Chile, se observó un fenómeno parecido en lo que atañe a la apropiación del Tercer Mundo por parte de científicos sociales de corte más técnico que ideológico. Ya no fueron los profesores peronistas ni los filósofos chilenos los que se ocuparon del Tercer Mundo, sino politólogos, expertos en estudios internacionales y economistas que abandonaron las pasiones para otorgarle un tratamiento científico, o en otras palabras, que pasaron del Tercer Mundo como sujeto al Tercer Mundo como objeto. El debate giraba ahora sobre qué bloque ofrecía las mejores perspectivas económicas para América Latina, o bien sobre las directrices a seguir en política exterior (lo último también rige para Uruguay). A este debate se sumaron personalidades políticas, como ex jefes de Estado –Eduardo Frei Montalva – o antiguos y futuros cancilleres – el chileno Gabriel Valdés, el uruguayo Danilo Astori (1982). Claro que el contexto tuvo mucho que ver. Las dictaduras toleraron la producción científica sobre temas internacionales, de hecho esta producción fue caudalosa entre fines de los 1970 e inicios de los 1980.

Con la paulatina restauración democrática, era de esperar un resurgimiento del tercermundismo, tal como sucedió en Brasil. Pero el tercermundismo se hallaba herido de muerte y no volvió a recuperar su antigua energía, algo congruente con lo que sucedía en el mundo en general, donde la retórica había adoptado otras fórmulas, como Norte-Sur o choque de civilizaciones, y donde las antiguas divisiones se desdibujaban con el declive soviético o con la emergencia de los países petroleros. Desde otro ángulo, cabe considerar que la lucha política acaparó la atención en Argentina y en Chile, país donde la recuperación de la democracia solo llegó al finalizar los 1980; no hubo espacio, entonces, para preocuparse de otros continentes. En Uruguay, es probable que la transición haya sido menos traumática y que la recobrada tradición institucional haya brindado seguridad para el establecimiento allí de la redacción de la revista *Cuadernos del Tercer Mundo* (en su

versión hispana, 1985-1990) y del Instituto Tercer Mundo; ambos hechos consiguen apartar a Uruguay de la situación de Chile y Argentina y acercarlo al caso brasileño.

Más allá de las diferencias entre las velocidades y los ritmos apreciables en las trayectorias del Tercer Mundo en cada país analizado, lo cierto es que la sensibilidad tercermundista mostró una potencia incuestionable por al menos una década y media, lo cual no quiere decir que haya sido la única sensibilidad presente o que haya monopolizado el campo político-cultural del periodo; es más preciso afirmar que el tercermundismo ayudó a constituir una determinada sensibilidad macro o el clima cultural de los 1960 y primeros 1970, un clima con un sello único por los aires revolucionarios que circulaban provocando la ilusión de unos y el temor de otros, un clima marcado por la sensación de que cambios radicales eran inminentes, un clima donde confluyeron, complementándose, sensibilidades como el revolucionarismo, el neomarxismo, el hipismo, el juvenilismo, el nuevo cristianismo, el pacifismo, el ecologismo, además de un tercermundismo que aportó, fundamentalmente, la ampliación del horizonte con que los latinoamericanos, y entre ellos los conosurinos, pensaban y actuaban frente a la actualidad, así como el nacimiento de un nuevo sujeto, un nuevo nosotros que incluía ahora a los pueblos oprimidos de los otros continentes.

Tercermundismo como ideología

Al momento de convertirse en sujeto, el Tercer Mundo adquirió una carga política que entrañaba un ánimo reivindicadorio y transformador del orden internacional que partía por definir una identidad capaz de aglutinar con eficacia a pueblos con tan heterogéneas culturas como eran los asiáticos, africanos y latinoamericanos. De la reflexión sobre la validez de la división tripartita del planeta, o acerca del origen y la formación del Tercer Mundo, o de los requisitos que visaban la pertenencia o no de una nación al mismo, emergerá una teoría tercermundista que no es todavía una ideología. Ésta comienza cuando a la definición conceptual del Tercer Mundo le sigue la confección de un modelo al cual aspirar y la planeación de la mejor estrategia para construirlo. La presencia de esos tres componentes –diagnóstico y explicación de la realidad, sociedad

ideal y método de acción (BOBBIO; MATTEUCCI; PASQUINO, 1997; BORJA, 1997) – autoriza la calificación del tercero mundo como ideología, aun cuando el grado de sistematización del discurso tercero mundo fue bajo. Si aplicamos una definición más exigente de ideología (SHILS, 1978), que requiere un sistema de ideas compacto y su institucionalización a través de organizaciones que participan de la contienda política de una sociedad, el tercero mundo no calificaría como ideología, en especial porque la sistematización de sus ideas es llevada a cabo *ex post facto*, es decir, con posterioridad a su existencia, lo que quiere decir que en su momento el tercero mundo no fue percibido ni se concibió como sistema de creencias propiamente tal.

Pero si se nos permite hablar de ideología tercero mundo, nos asalta en seguida la dificultad de reconstruir dicha ideología a partir de elementos dispersos que flotan en un espacio tan amplio como lo es un campo intelectual y político intercontinental. Más arriba, señalamos que el intento más serio de sistematización corría por cuenta de Eduardo Devés (2012), quien recoge tanto las propuestas dirigidas a reformar el orden económico como los fundamentos del no alineamiento. Por nuestra parte, hemos querido extender el análisis hacia las formulaciones más abstractas, aquellas que pretendieron descifrar la esencia del Tercer Mundo y definir su misión histórica, pero asumiendo la imposibilidad de cubrir un campo tan vasto y enfocándose, por consiguiente, solo en el pensamiento producido en el Cono Sur. Fue en Brasil donde florecieron las primeras elaboraciones ideológicas del tercero mundo conosureño. En un contexto político inflamado por los avances de las corrientes progresistas, las ciencias sociales habían asumido un papel importante en la conducción de las transformaciones desde tiempos de Getúlio Vargas. El ISEB fue el núcleo de este proceso, y a él estaban asociados Álvaro Vieira Pinto (ROUX, 1990) y Cândido Mendes (1963), quienes a inicios de los 1960 se abocaron a establecer las bases de una solidaridad tercero mundo arraigada en una identidad común y en la necesidad de tomar conciencia del papel activo que le correspondía al Tercer Mundo en la marcha de la historia. En el primer libro que llevaba en su título la expresión Tercer Mundo, Soares Pereira atacaba el problema de la identidad tricontinental, fundándola sobre la

“luta pela superação do atraso a que fomos relegados pelo colonialismo espoliador, luta que também nos irmanará diante da persistência da espoliação econômica e que ensejará contínuas e profícias relações entre os povos do terceiro mundo, mantidos isolados pelo colonialismo” (PEREIRA, 1962, p. 8)⁴

En adelante, la reflexión ideológica no alcanzaría mayor vuelo; el tercermundismo se afianzó en las ciencias sociales sin provocar demasiado debate ni oírse las voces antitercermundistas detectadas en otros espacios (a excepción de CRIPPA, 1978). Tras un periodo de declinación, la ideología tercermundista brasileña renació en los 1980 con singular brío, merced a las ideas de Celso Brant (1987) y Antonio Carlos Wolkmer (1989).

El cuadro en Argentina exhibe fuertes diferencias respecto a Brasil, porque si en este país el tercermundismo se desplegó sin demasiadas tensiones en su primera década y media, en aquél suscitó acaloradas polémicas que dieron cuenta de una reflexión de alto nivel. Aunque también hay que subrayar un punto de partida común: el nacionalismo de estirpe iseiana en Brasil y el nacionalismo fundante del socialismo nacional en Argentina. Ambos reclamaban la soberanía efectiva sobre las riquezas naturales y denunciaban la perniciosa acción del imperialismo sobre las economías locales. El ISEB, en Brasil, abogó por un proyecto desarrollista basado en un nacionalismo popular que no excluía a la burguesía de la gesta liberadora que estaba por venir; los representantes del socialismo nacional argentino abrazaban un socialismo no dogmático e incluso alejado de los partidos de izquierda clásicos, como el PS y el PC, aun cuando recogían elementos del marxismo y de la teoría imperialista de Lenin: “La contradicción principal es entre nación e imperialismo... el motor de los movimientos de liberación es el nacionalismo, vanguardia en el ‘Tercer Mundo’ de la revolución socialista mundial, que un día se extenderá a las metrópolis imperiales” (ASTESANO, 1972, p. 195).

Aunque el socialismo nacional era de más antigua data que el tercermundismo, se vio revitalizado por la emergencia de éste y también intervenido por el peronismo y el discurso popular asociado a la figura de Perón. De modo que hacia el segundo lustro de

⁴ “lucha por la superación del atraso al que fuimos relegados por el colonialismo explotador, lucha que también nos hermanará ante la persistencia de la explotación económica y que dará lugar a continuas y prolíficas relaciones entre los pueblos del tercer mundo, mantenidos aislados por el colonialismo” (PEREIRA, 1962, p. 8, traducción nuestra)

los 1960 podía reconocerse más de un único tercermundismo, aunque el más relevante – en términos de adhesión, producción, difusión – era el heredero del socialismo nacional que incorporó elementos peronistas. Más que en una figura descollante, tal tendencia alcanzó su máxima expresión en el colectivo a cargo de la revista *Antropología 3^{er} Mundo*, albergado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Alcira Argumedo, Norberto Wilner, Guillermo Gutiérrez, Amelia Podetti y Roberto Carri articularon un tercermundismo que recogía del peronismo el énfasis en lo popular y que sin dejar de lado la revolución privilegiaba la lucha antiimperialista a la cual debían adherir los pueblos en sentido amplio. En oposición al marxismo, se afirmaba que no era social la disyuntiva de la hora, sino política. Así, mientras los marxistas anteponían una lucha entre clases, sin importar la posición del país de origen, Norberto Wilner (1969, p. 124) ponderaba la “esencialidad de la dimensión política en lo que atañe a la constitución íntima del ser social. Expulsar dicha dimensión política como algo inesencial, equivale a preparar el terreno para el disimulo de la acción imperialista, tras el manto de una supuesta unidad ‘social’”.

El gran oponente de esta postura fue el marxismo argentino, renovado o alternativo, inspirado en Trotski o en Gramsci, que receló del tercermundismo por considerar que desviaba el objetivo final al confiar ingenuamente en una liberación pluriclasista. Juan José Sebrelli (1975) tomaría la palabra con una despiadada crítica al tercermundismo, calificado como mito burgués que salvaba a la burguesía del engranaje revolucionario que tarde o temprano la devoraría. La promesa de rebelión del proletariado, para Sebrelli (1975), seguía vigente y en su lucha radicaba el único internacionalismo válido, la unión de los proletarios del mundo, ya fueran del primero, del segundo o del tercero (el autor, claro, no concordaba con esta clasificación).

Si se observa bien, en Sebrelli (1975) no hay una negación de los problemas que arrastran los países pobres que constituyen el Tercer Mundo, ni tampoco un intento por separar a Argentina o a América Latina de la realidad africana o asiática, marcando así distancia con otros antitercermundistas que atacaban la entidad del Tercer Mundo. De esta manera, Sebrelli (1975) se incluía en el fervoroso debate tercermundista que se vivió en Argentina hasta que en 1976 el país diera un vuelco en su historia. Al contrario que en

Brasil, las expresiones ideológicas del tercermundismo no renacieron con el retorno de la democracia.

En Uruguay, ya hemos consignado la soterrada pugna entre tercera posición y tercermundismo. Pese a que la propia Tercera Posición declaró ser una postura en política internacional y no una ideología, no cabe duda que estimuló la discusión de ideas en Uruguay por al menos dos decenios, configurando un panorama de alta reflexión sobre temas afines, pero que al mismo tiempo monopolizó el debate y neutralizó el auge de variantes como el tercermundismo. El resultado fue que la elaboración ideológica en torno al Tercer Mundo en Uruguay debió esperar varios años para florecer. El año 1996, nada menos, es el momento en que se publica póstumamente la obra de Carlos Real de Azúa, *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y tercer mundo: una teoría de sus supuestos*, cuyo manuscrito original se redactó entre 1961 y 1963, sin que se haya convertido en libro por razones desconocidas. Con todo, Real de Azúa (1996) pudo expresar parte de sus puntos de vista en la polémica surgida en 1965 con Arturo Ardao, a propósito del texto *El tercerismo en el Uruguay*, de Aldo Solari (1965).

En éste se atacaba a la tercera posición por rechazar a Estados Unidos y privar así a Uruguay del apoyo norteamericano para lograr el desarrollo. Ardao salió al paso señalando que el tercerismo no era una ideología sino una posición en política internacional, con fines instrumentales o estratégicos, que buscaba evitar una tercera guerra. Luego, entró al ruedo Real de Azúa (1996), no tanto para defender el texto de Solari (1965), sino para contradecir a Ardao – y a Marcha – y de esa manera enaltecer su propio concepto de tercerismo, el cual no temía definirse como ideología. Adviértase que Real de Azúa (1996), al momento de intervenir en la polémica, ya había redactado su obra en tres volúmenes, que nunca publicó en vida, y donde desplegó toda su reflexión sobre la materia. Allí puede observarse que Real de Azúa (1996) daba un paso fundamental para nuestros fines, ya que hacía explícita la correspondencia entre tercerismo y tercermundismo, estableciendo un puente previsible, hasta lógico, pero que en Uruguay no había sido tendido:

Estoy hablando alternativamente de tercerismo y de Tercer Mundo y no es por casualidad, pues creo... que si algún sentido tiene hoy el

tercerismo es el de ser la ideología todavía borrosa de ese mundo. Lo que quiere decir también que de ser una postura intelectual y evidentemente minoritaria ha ido haciéndose, sin perder del todo su carácter original, una ‘política’, con todas las impurezas, lastres y renuncias que ella implica pero con una fertilidad, con un poder creador que antes no tenía (REAL DE AZÚA, 1996, p. 862).

El tercerismo debía ser, entonces, según Real de Azúa (1996), la ideología del Tercer Mundo, debía darle el contenido programático a unos países que podían actuar de consumo y optar por el no alineamiento, pero que debían agregar un ideal de organización que los condujera. Y ese ideal, si bien se declaraba socialista, debía ser un socialismo propio o al menos distinto al europeo tradicional, al cual se llegaría merced a un proceso revolucionario nacional, amplio e incluyente.

Es cierto que la propuesta de Real de Azúa (1996) no asoma tan elaborada como para constituir una ideología con todas sus letras, pero lo relevante es que en el espacio uruguayo se situó como pionera por el mero hecho de asociar tercerismo con Tercer Mundo y no resistirse a explorar cauces políticos. Lo hacía, además, tempranamente dentro de la realidad del Cono Sur si consideramos su fecha de redacción.

En Chile, fue la filosofía de Juan Rivano, con su libro *Cultura de la servidumbre*, de 1969, la mayor expresión ideológica del terciermundismo local. En él denunciaba los mitos que, impuestos por el Occidente, han confundido la conciencia de muchos pueblos alrededor del orbe. El individuo, la libertad, el progreso, la humanización y la historia universal han sido conceptos empleados para mantener en la miseria a una buena parte de la humanidad y beneficiar en exclusivo a Europa y Estados Unidos. No se puede hablar de individuo cuando no se satisfacen las necesidades básicas de tantos seres humanos; además, si en los países ricos pudieron desarrollarse el individuo y sus valores, fue gracias a la explotación colonial del resto. En esto, han contado con la complicidad de las élites de los países periféricos, cuya actitud servil ha frenado por largo tiempo una reacción. Arremete también contra el mito de la historia, ya que ésta ha sido monopolizada por Europa; los otros pueblos carecen de ella, no la hacen, son espectadores pasivos ante su curso.

Rivano (1969) se posicionaba desde un marxismo crítico que no vacilaba en cuestionar algunas figuras europeas, como Gorz, Althusser y Marcuse, para señalar sus errores a la hora de evaluar las perspectivas del Tercer Mundo. Según estos autores, a los pueblos pobres no les queda más alternativa que esperar que la Unión Soviética consolide su prosperidad y que Europa Occidental se sume al espacio socialista para recién allí fomentar una revolución propia, aunque ligada a los socialismos precursores. Rivano (1969) reivindica el marxismo, pero puntualizando que la contradicción fundamental de nuestro tiempo es la que enfrenta al desarrollo con el subdesarrollo; así, no se debe confiar en el proletariado de los países avanzados, sino forzar una revolución en el Tercer Mundo, sostenida en la voluntad de rebelión de sus pueblos. Para ello, es necesario remover los mitos de la conciencia, así como la complicidad de las élites. De cualquier manera, si algo se extraña en el texto es una precisión más cabal de cómo impulsar los procesos revolucionarios; en este sentido, es más valioso en lo crítico que en lo propositivo.

La sistematización de la ideología del tercermundismo conosureño que intentamos a continuación considera tanto los aportes de las figuras destacadas en las páginas precedentes como aquellos elementos surgidos de los estudios más detallados presentados en otros artículos (ALBURQUERQUE, 2011, 2013a, 2013b, 2013c), aunque con la pretensión de estudiarlos como un solo conjunto. He separado tal conjunto en esas tres grandes líneas que toda ideología requiere recorrer para ser considerada como tal: diagnóstico, ideal de sociedad y estrategia para alcanzarla.

Diagnóstico

El tercermundismo del Cono Sur latinoamericano no dudó en integrar la realidad de su continente a la del resto de los continentes periféricos y bien temprano asumió como propia la bandera de una liberación integral del Tercer Mundo que no finalizaba allí donde se conseguía la independencia formal de una nación, sino que se extendía hasta la supresión total de los vínculos de dependencia económica y cultural, en primer y segundo lugar, respectivamente. Este énfasis sería propio del Cono Sur y de Latinoamérica en

general, debido a que su independencia ya había sido proclamada desde hacía muchas décadas, a diferencia de lo que había ocurrido y estaba ocurriendo en Asia y sobre todo en África. Por lo tanto, el diagnóstico que se hacía desde el Cono Sur incorporaba la necesidad de desembarazarse de las sujeciones económicas – y en menor tono culturales – a las que eran sometidos tanto los países con una larga trayectoria de autonomía política como aquéllos recién autonomizados. En este sentido, se consagraba el padecimiento del neocolonialismo como la piedra angular de la identidad común terciermundista.

Aunque no sea una ideación privativa del Cono Sur o de América Latina, nuestros terciermundistas advirtieron que dentro de las miserias del mundo periférico asomaba con fuerza una crisis a nivel del individuo, consistente en la carencia de una conciencia liberadora que por lo pronto tomara razón de su membresía al Tercer Mundo y de sus padecimientos, y que después liderara la lucha contra las cadenas materiales e inmateriales que lo oprimían.

El diagnóstico incluyó también la explicación del estado actual, es decir de cómo se llegó a la situación presente. En este sentido, desde el Cono Sur se subrayó el remoto origen del Tercer Mundo, enraizado en el choque civilizacional entre Occidente y el resto del planeta, que provocó una fractura imposible de soldar:

Para que exista Tercer Mundo debió existir previamente una cultura histórica separada del tronco grecorromano y, posteriormente, una relación -¿un conflicto?- entre ambos “mundos”. El Tercer Mundo, entonces, no es la mera realidad de una cultura “no occidental”, sino el producto de una relación o conflicto entre una cultura no occidental y alguna forma de imperialismo occidental, europeo (MASTRORILLI, 1973, p. 41).

El brasileño Cândido Mendes (1963, p. 46, traducción nuestra) reconocía en el colonialismo la raíz de un hecho social total, es decir, de una estructura global a nivel económico, social, político y cultural, que derivó en la constitución de los países periféricos como el “proletariado histórico” de Occidente, el “polo pasivo o dependiente de un sistema económico-político que trasciende sus fronteras”.

Sociedad ideal

No fue en este ítem que los ideólogos conosureños del Tercer Mundo alcanzaron sus mayores luces, y es que se preocuparon más de cómo accionar los cambios que de diseñar la nueva sociedad. De todas formas, fue muy marcada la predilección por una economía de tipo socialista, donde el Estado propiciara cambios radicales que posibilitaran un crecimiento autónomo, sustentado en el aprovechamiento de los recursos soberanos y en la ruptura de los perniciosos lazos de dependencia con los países centrales. Hubo incluso voces que, para el caso latinoamericano, hallaron en las estructuras económicas de los pueblos precolombinos un socialismo atávico (ASTESANO, 1972), que certificaba una identidad desde siempre volcada hacia este sistema. Pero el socialismo propuesto por los tercermundistas era más un medio que un fin, un medio para dotar a la población de los suministros básicos y distribuir así unos ingresos reservados hasta entonces a las élites, con miras a establecer una genuina sociedad igualitaria. Incluso se propuso un socialismo a escala global que avanzara, en palabras de Eduardo Astesano (1972, p. 206), “hacia una internacionalización liberadora tercermundista, que busca la socialización mundial de los medios de producción, para superar la desigualdad nacional y el subdesarrollo”.

También adquirió notoriedad el ideal democrático, pues se deseaba expandir la democracia no solo a la política, a la economía y a la sociedad, sino a las relaciones internacionales en sí.

Asimismo, y retomando un tópico anterior, en el tercermundismo del Cono Sur pudo apreciarse una aguda preocupación por la realidad del individuo y por un crecimiento integral que pasaba por la profundización de su conciencia y de su constitución como sujeto – dueño – de su propia historia: “La liberación del Tercer Mundo representa la quiebra de la razón histórica signada por la opresión y el inicio de una nueva edad caracterizada por el predominio de la libertad humana” (MASTRORILLI, 1973, p. 53).

Estrategia

La pregunta por cómo hacer la revolución, o al menos la transformación profunda del orden existente, concitó gran atención entre los tercermundistas, quizá como ninguna otra. La mayor complejidad estribó en la combinación de instrumentos nacionales, o internos, e internacionales, o externos. Dentro de estos últimos, el primer paso fue la mancomunión entre los continentes periféricos, la convicción de que libraban en el fondo la misma lucha y de que, por consiguiente, un accionar concertado podía acarrear beneficios reales. Pero también se interpretó que el proceso para obtener la genuina independencia requería el éxito en todos y cada uno de los países, única receta para vencer al imperialismo: “Cada país que se libera de la hegemonía imperial necesita de la liberación de los demás, no solo para consolidar esta área de construcción común sino para que esos países vecinos no sirvan como bases o plataformas de agresión” (FRANCO; ARGUMEDO, 1975, p. 185).

Fueron los mecanismos nacionales los que generaron mayor discusión. Una estrategia planteaba la urgencia de comprometer a la sociedad entera en el esfuerzo revolucionario, o sea, una revolución nacional y no de clase, con el consiguiente concurso de las burguesías locales. Se le oponía una visión que no subordinaba el objetivo final – una sociedad socialista – a los medios para conseguirlo, sino que integraba objetivo y medios en un solo trayecto, lo cual comportaba una lucha simultánea al interior y exterior de las fronteras de cada país, que debía liberar a las clases trabajadoras tanto de la voracidad imperial como de la opresión oligárquica. De ello se sigue que había acuerdo en la vía revolucionaria, aunque persistían dudas sobre cómo recorrerla.

Fue la primera opción la que captó mayor adhesión. Tal opción la podemos designar como nacionalismo revolucionario, una etiqueta muy elástica que puede englobar distintas posiciones, pero que resulta operativa en este caso, por cuanto remite a los dos pilares del discurso tercermundista hegemónico: revolución y nación, donde el segundo término define el carácter del primero, no solo porque evoca la soberanía independentista en pugna con los colosos centrales sino que – y esto es lo decisivo –

porque involucra a la nación entera sin hacer exclusión de clase alguna (a excepción de la élite entreguista).

Se insistió asimismo en el despliegue de una conciencia liberadora a nivel colectivo e individual que permeara a la sociedad y se extendiera desde un país al continente y luego al mundo entero:

“O Terceiro Mundo é hoje subdesenvolvido, porque está sendo mantido imobilizado pelas potências dominadoras. Ao mobilizar-se, o Terceiro Mundo tomará consciência de sua força, derrubará as hegemonias reinantes, resolverá todos os seus problemas, e assumirá o comando da política mundial para dotar a Humanidade de um sistema democrático em que cada nação será ouvida na mesa das decisões e dará a sua contribuição para a construção de um mundo digno e humano, sob o império da justiça, da paz e do amor” (BRANT, 1987, p. 132)⁵

¿Son estas nociones verdaderas estrategias políticas o son mera retórica? Respondo que son estrategias-marco, esquemas globales que en efecto no ofrecen una praxis revolucionaria al estilo del guevarismo o del maoísmo, no precisan etapas ni métodos para generar las transformaciones que anhelan, simplemente diseñan grosso modo la orientación que el tercermundismo debe tomar.

Conclusiones

Se ha demostrado la entidad del tercermundismo en tanto sensibilidad y en tanto ideología. Es efectivo que la historia de las ideas y del pensamiento político en América Latina no había reparado hasta ahora en su existencia, lo que puede deberse tanto a sus limitaciones disciplinarias como a la escasa visibilidad del tercermundismo como corriente político-cultural. Podría argumentarse, luego, que los historiadores e investigadores de las ideas no se han ocupado del tercermundismo por considerarlo irrelevante o quizás mero producto de una moda. Por nuestra parte, sostendemos que el tercermundismo marcó una

⁵ “El Tercer Mundo es hoy subdesarrollado, porque está siendo mantenido inmovilizado por las potencias dominadoras. Al movilizarse, el Tercer Mundo tomará conciencia de su fuerza, derribará las hegemonías reinantes, resolverá todos sus problemas, y asumirá el mando de la política mundial para dotar a la Humanidad de un sistema democrático en que cada nación será oída en la mesa de las decisiones y hará su contribución a la construcción de un mundo digno y humano, bajo el imperio de la justicia, de la paz y del amor (BRANT, 1987, p. 132, traducción nuestra)”

época donde la sensibilidad dominante en el campo político-cultural de América Latina (y quizá del mundo entero) incluyó una preocupación probablemente inédita por la realidad del resto de los países subdesarrollados de África y de Asia. Una vocación, en definitiva, internacionalista que excedió los habituales márgenes continentales entre los que se movía nuestra intelectualidad.

La declinación del movimiento, con todo, no puede desconocerse, lo cual exige un análisis que aventure sus causas. El término de la Guerra Fría, la irrupción del conflicto Norte-Sur, las diferencias al interior de lo que antes era considerada una unidad (los países petroleros, los tigres asiáticos y las megaeconomías emergentes se han “despegado” del Tercer Mundo, aparte del desgajamiento del Cuarto Mundo), el posmodernismo y el eclipse de las ideologías, etc., son factores que explican el declive a nivel global; a nivel latinoamericano, y más específicamente conosureño, se pueden señalar también la transformación profunda que supuso el paso de las dictaduras militares por la región, el triunfo del neoliberalismo, la despolitización y desideologización de la sociedad, y el auge de los acuerdos comerciales internacionales.

Como resultado, la figuración actual del tercermundismo es débil y el contraste con los 1960 y 1970, mayúsculo. Sin embargo, en los últimos años, ha despuntado un “nuevo tercermundismo”, que insiste en la vigencia del concepto Tercer Mundo por cuanto rescata y subraya la pervivencia de la desigualdad económica, aglutina los esfuerzos por una alianza contrahegemónica (y antiglobalización), y permite pensar en los sectores marginados al interior de las sociedades desarrolladas. Se ha expresado así la necesidad de un *revival* del tercermundismo (SMIT, 2012). Además, es posible argüir que el tercermundismo ha mutado y ha adoptado nuevas formas, “infiltrándose”, por ejemplo, en las corrientes antiglobalización o en el descolonialismo – u opción descolonial – que, en sintonía con los estudios poscoloniales, o aun con los estudios subalternos (CASTRO-GÓMEZ, 2007; LANDER, 2000; MIGNOLO, 1996; PALERMO, 2010), ha continuado el análisis en clave periférica –implicando a los continentes otrora tercermundistas –, en oposición y permanente tensión con los centros de poder, ya sea concebidos como Occidente o como Norte. Desde este punto de vista, la semilla sembrada por el

tercermundismo, creída, por momentos, condenada al olvido, ha fecundado en escuelas de pensamiento tan vigentes y estimulantes como las mencionadas.

Referencias

A. F. S. 800 millones de manumitidos. Marcha. Montevideo: n. 828, p. 12-13, 31 de agosto de 1956.

ALBURQUERQUE, G. Tercer Mundo y tercermundismo en Brasil: hacia su constitución como sensibilidad hegemónica en el campo cultural brasileño – 1958-1990. *Estudios Ibero-Americanos*. Porto Alegre: v. 37, n. 2, p. 176-195, 2011.

ALBURQUERQUE, G. El tercermundismo como paradigma científico en América Latina: el pensamiento de Orlando Fals Borda. *Universum*. Talca: v. 28, n. 2, p. 209-237, 2013a.

ALBURQUERQUE, G. El tercermundismo en el campo cultural argentino: una sensibilidad hegemónica (1961-1987). *Tempo*. Río de Janeiro: v. 19, n. 35, julio-diciembre, p. 211-228, 2013b.

ALBURQUERQUE, G. La ideología del Tercer Mundo en Argentina. 1961-1977. *Estudios Latinoamericanos*. Viña del Mar: año 5, n. 9, pp. 9-31, 2013c.

ALBURQUERQUE, G. Third-worldism: sensibility and ideology in Uruguay. From Third Position to the thought of Carlos Real de Azúa. *Third World Quarterly*. En prensa.

ALLENDE, S. (et al). *Tercer mundo vs. Imperialismo*. México: Ediciones El Caballito, 1973.

ARISMENDI, R. *Problemas de una revolución continental*. V.1. Montevideo: Editorial Grafinel-Fundación Rodney Arismendi, 1997.

ASTESANO, E. *Nacionalismo histórico o materialismo*. Buenos Aires: Pleamar, 1972.

ASTORI, D. *Neoliberalismo: crítica y alternativa*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1982.

BAGÚ, S. *Argentina en el mundo*. Buenos Aires: FCE, 1961.

Tercer mundismo en el Cono Sur de América Latina: ideología y sensibilidad. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, 1956-1990
Germán Alburquerque

BOBBIO, N.; MATTEUCCI, N. y PASQUINO, G. (dirs.). Diccionario de política. México: Siglo Veintiuno, 1997.

BORJA, R. Enciclopedia de la política. México: FCE, 1997.

BRANT, C. Terceiro mundo, terceiro caminho, terceiro milênio. Río de Janeiro: Editora da Mobilização Nacional, 1987.

CÂMARA, H. Evangelização e humanização num mundo em desenvolvimento. Paz e Terra. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1966.

CASTRO, P. Terceira Força. Río de Janeiro: Editora Fundo de Cultura, 1958.

CASTRO-GÓMEZ, S. y GROSFOGUEL, R. (eds.). El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2007.

CRIPPA, A. A filosofía e o desenvolvimento brasileiro. Convivium. São Paulo: Sociedad Brasileira de Cultura, Nº6, p. 559-584, 1978.

DEVÉS, E. Los científicos económico sociales chilenos en los largos 60 y su inserción en las redes internacionales: la reunión del foro tercer mundo en Santiago en abril de 1973. Revista Universum. Talca: Universidad de Talca, Nº 21, Vol. 1, 2006.

DEVÉS, E. Pensamiento periférico Asia – África – América Latina – Eurasia y algo más. Una tesis interpretativa global. Santiago: IDEA-USACH, Edición Digital, 2012.

FRANCO, J. P.; ARGUMEDO, A. Monopolios y Tercer Mundo. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1975.

FURTADO, C. El mito del desarrollo y el futuro del Tercer Mundo. El trimestre económico. México: FCE, Nº162, p. 407-416, 1974.

JACOB, L. Marcha: de un cine club a la C3M. In: MACHÍN, H.; MORAÑA, M. (Eds.). Marcha y América Latina. Pittsburg: Universidad de Pittsburg, 2003.

JAGUARIBE, H. O novo cenário internacional. Río de Janeiro: Guanabara, 1986.

LANDER, E. Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. In: LANDER, E. (editor). La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires: CLACSO, 2000.

LOGIA ANAEL. La razón del Tercer Mundo. Buenos Aires, 1964.

LOGIA ANAEL. El Tercer Mundo en acción. La estructura latinoamericana. Buenos Aires, 1965.

MASTRORILLI, C. Dinámica del poder en el mundo moderno. Buenos Aires: [Pleamar](#), 1973.

MENDES, C. Nacionalismo e desenvolvimento. Río de Janeiro: Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos, 1963.

MENESES, A. O Brasil e o mundo Ásio-Africano. Río de Janeiro: Irmãos Pongetti, 1956.

MIGNOLO, W. Herencias coloniales y teorías postcoloniales. In: GONZÁLEZ STEPHAN, B. (editora). Cultura y Tercer Mundo: 1. Cambios en el Saber Académico. Caracas: Nueva Sociedad, 1996.

NEGRE RIGOL, P. Sociología del Tercer Mundo. Una introducción a sus problemas sociológicos. Paidós: Buenos Aires, 1975.

PALERMO, Z. (comp.). Pensamiento argentino y opción descolonial. Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2010.

PEREIRA, J. S. Terceiro Mundo: Unidad e emergência. Río de Janeiro: Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos, 1962.

PERÓN, J. D. La hora de los pueblos. Buenos Aires: Ediciones de la Liberación, 1973.

RAMA, Á. La generación crítica, 1939-1969. Montevideo: Arca, 1972.

REAL DE AZÚA, C. Tercera posición, nacionalismo revolucionario y tercer mundo: una teoría de sus supuestos. 3 v. Montevideo: Cámara de Representantes, 1996.

RIVANO, J. Cultura de la servidumbre: (mitología de importación). Santiago: Eds. Hombre Nuevo, 1969.

ROCHA, G. Uma estética da fome. Civilização Brasileira. Rio de Janeiro: N°3, p. 165-170, 1965.

RODRIGUES, J. H. Brasil e África: Outro horizonte. Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 1961.

RODRIGUES, J. H. A política internacional brasileira e a África. *Cadernos Brasileiros*. Río de Janeiro: Congresso pela Liberdade de Cultura, número especial, p. 65-70, 1962.

ROUX, J. Álvaro Vieira Pinto: Nacionalismo e terceiro mundo. São Paulo: Cortez, 1990.

SANTOS, M. O trabalho do geógrafo no Terceiro Mundo. São Paulo: USP, 2009.

SEBRELLI, J. J. Tercer Mundo, mito burgués. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1975.

SEISDEDOS, G. Hasta los oídos de Dios: la historia de los Sacerdotes del Tercer Mundo. Buenos Aires: San Pablo, 1999.

SHILS, E. Ideología. In: SILLS, D. Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, Tomo V. Madrid: Aguilar. 1978.

SMIT, N. The need for a revival of Third Worldism and the continued relevance of the concept of the Third World. Disponible en <http://intelliconn.wordpress.com/2012/11/05/the-need-for-a-revival-of-third-worldism-and-the-continued-relevance-of-the-concept-of-the-third-world/>. Acceso en: 11 de junio de 2014.

SOLARI, A. El tercerismo en el Uruguay. Montevideo: Alfa, 1965.

TAL, T. Cine y revolución en la Suiza de América: la Cinemateca del Tercer Mundo en Montevideo. Araucaria, v. 5, n. 9, s/p, 2003.

TRÍAS, V. La rebelión de las orillas. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental-Cámara de Representantes, 1989.

VIANA, A. M. O mundo afro-asiático: seu significado para o Brasil. *Revista Brasileira de Política Internacional*. Río de Janeiro: Instituto Brasileiro de Relações Internacionais, N°8, 1959.

VIOR, E. J. Perder los amigos, pero no la conducta. Tercerismo, nacionalismo y antiimperialismo: Marcha entre la revolución y la contrarrevolución (1958-1974). In: MACHÍN, H.; MORAÑA, M. (eds.). Marcha y América Latina. Pittsburg: Universidad de Pittsburg, 2003.

WETTSTEIN, G. Subdesarrollo y geografía. Un manual para latinoamericanos. Montevideo: Editorial Índice, 1989.

Tercerismo en el Cono Sur de América Latina: ideología y sensibilidad. Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, 1956-1990
Germán Alburquerque

WILNER, N. Ser social y Tercer Mundo: elementos para una lógica de lo nacional. Buenos Aires: Galerna, 1969.

WOLKMER, A. C. O terceiro mundo e a nova ordem internacional. São Paulo: Ática, 1989.

Recebido em 14/07/2014
Aprovado em 05/12/2014

Universidade do Estado de Santa Catarina – UDESC
Programa de Pós-Graduação em História - PPGH
Revista Tempo e Argumento
Volume 06 - Número 13 - Ano 2014
tempoargumento@gmail.com